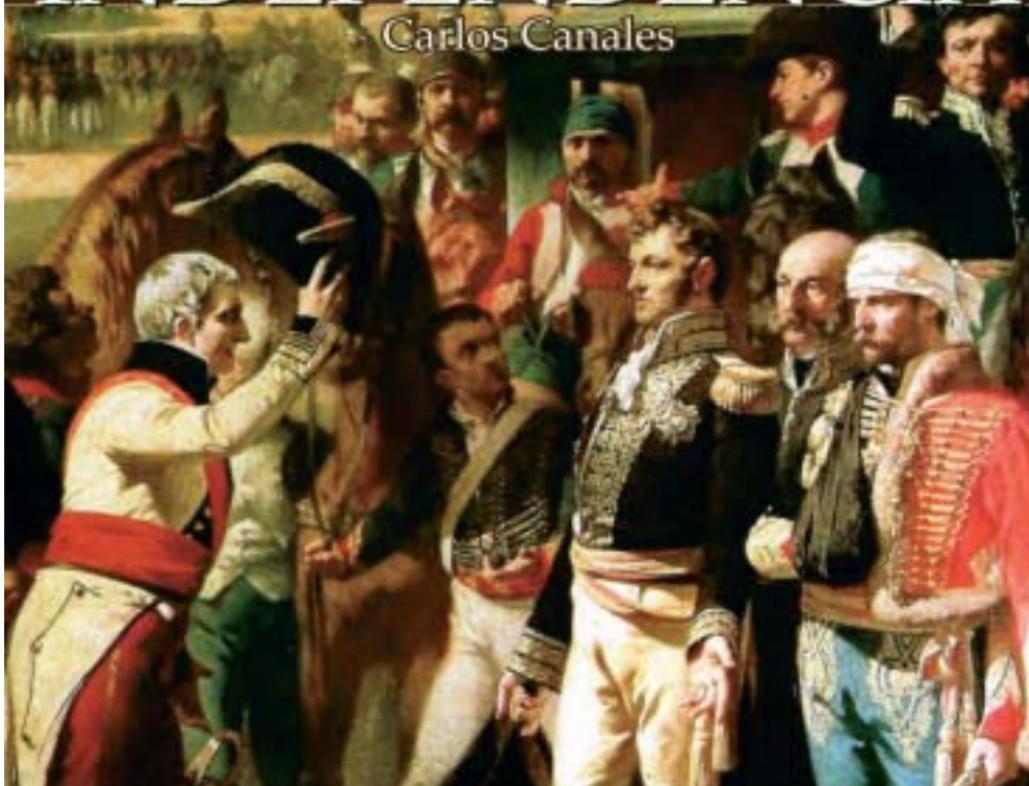


JUAN ANTONIO CEBRIÁN presenta la
BREVE HISTORIA del la...

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Carlos Canales



1808-1814: la heroica historia del levantamiento armado contra el invasor, el desarrollo de la primera constitución y el nacimiento de la España Moderna

BREVE HISTORIA
DE LA GUERRA
DE INDEPENDENCIA
1808-1814

Carlos Canales Torres

Colección: Breve Historia (www.brevehistoria.com)
Director de la colección: Juan Antonio Cebrián
www.nowtilus.com

Título original: *Breve Historia de la Guerra de la Independencia 1808-1814*
© **Autor:** Carlos Canales Torres

Edición española:

© 2006 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

Editor: Santos Rodríguez

Responsable de editorial: Teresa Escarpenter

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró

Diseño de interiores y maquetación: Wagram, Imagen y Diseño

Producción: Wagram - Ristre Multimedia, S. L.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la perceptiva autorización.

ISBN: 84-9763-281-8

Depósito legal: M. 5.248-2006

EAN: 978-849763281-2

Fecha de edición: Febrero 2006

Printed in Spain

Imprime: Imprenta Fareso

ÍNDICE

Prólogo	5
Introducción	11
Cap.º I La crisis española	15
Cap.º II El juego del Emperador	27
Cap.º III España sin rey	37
Cap.º IV España se alza en armas	49
Cap.º V Los ejércitos combatientes	73
Cap.º VI El Imperio contraataca	105
Cap.º VII La España del rey José	119
Cap.º VIII 1809. Guerra a muerte	127
Cap.º IX 1810. Solos ante los franceses	167
Cap.º X 1811. Guerra sin fin	191
Cap.º XI 1812. El contragolpe aliado	223
Cap.º XII 1813. Hacia el triunfo final	249
Cap.º XIII 1814. El año de la victoria	281

Prólogo

Juan Antonio Cebrián presenta

La guerra de Carlos

Es muy difícil para mí compendiar en breves líneas toda la admiración y cariño que siento por mi querido amigo Carlos Canales. Y lo cierto es que en estos once años de relación apenas se lo pude expresar cara a cara pues, siempre que me entregaba a la tarea, Canales me interrumpía una vez esbozadas las primeras palabras para terminar en gozosa monopolización, por su parte, de cualquier discurso o argumento esgrimido. Pero, qué caramba, créanme que merece mucho la pena estar a su lado en cualquier ocasión disfrutando de su brillantez intelectual, de su lucidez verbal y de su peculiar forma de entender la existencia. Carlos alberga en su interior las esencias renacentistas que todos sus allegados apreciamos sin recato. Es capaz de mantener varias conversaciones a la vez sobre cualquier disciplina sin perder hilo ni apostilla, y eso le convierte en un ser maravilloso, de esos que, hoy, por desgracia, escasean en nuestra sociedad tan empeñada en lo estéril. Canales tiene entre otras virtudes la de una vocación fértil por todo lo que sepa a histórico y, en ese sentido, siempre me llamó la atención sus profundos conocimientos sobre la peripecia bélica de los pueblos. No en vano es fundador y presidente de publicaciones tan prestigiosas como *Ristre* —revista de historia militar española muy apreciada por los eru-

ditos del sector gracias a sus cuidados textos e ilustraciones—o *Ristre Napoleónico*, consecuencia lógica de la anterior y motivo de acercamiento para todos aquellos que quieran saber mucho más sobre esta decisiva etapa europea.

Para los españoles la Guerra de la Independencia es el inicio de nuestra Edad Contemporánea. Fue precisamente el conde de Toreno quien definió a la perfección todo lo que supuso para nuestro país la guerra peninsular, como así la denominaron los historiadores británicos. El ilustre diplomático, enviado a Londres a finales de mayo de 1808, escribió una obra titulada *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Modestamente, pienso que ese encabezamiento define con precisión lo que fue nuestro particular conflicto de liberación nacional. Levantamiento, porque fue una reacción popular violenta contra los franceses y las autoridades locales comprometidas con ellos; guerra, porque la voluntad de los patriotas españoles, de hacer frente a Napoleón, se opone, hostilmente, al deseo de Bonaparte, quien sostiene asimismo su decisión con las armas, provocándose, por ello, el conflicto bélico, y revolución, porque al hilo de los sucesos militares se desarrolla un proceso institucional nuevo en nuestra historia que cristalizará en la Constitución liberal que los diputados de las Cortes de Cádiz redactan en 1812.

En el inicio de la contienda el ejército español contaba, sobre el papel, con unos ciento diez mil hombres veteranos a los que podría sumarse un número cercano a los treinta y cinco o cuarenta mil de las milicias provinciales. Al margen de que esa cifra era poco mayor que la de las tropas francesas destacadas en España, cabe decir que la dispersión, la escasa preparación de la mayoría de sus cuerpos y la anticuada formación de sus mandos, hacía de estas fuerzas un heterogéneo grupo difícilmente comparable a los ejércitos napoleónicos. El ejército regular español durante la guerra fue inferior, no se puede negar, al francés. Prácticamente hubo una sola victoria para las tropas regulares españolas: Bailen, en julio de 1808, y el entusiasmo lógico que suscitó entre los españoles —como en toda Europa, puesto que era la primera derrota que en campo abierto sufrían los napoleónicos— a la larga resultó perjudicial, pues hizo creer a los generales españoles que la acción de Castaños era fácil de repetir. Y dicha presunción costó muchas derrotas. Si el ejército regular fue repetidamente vencido, ¿por

qué se produjo la victoria final y la expulsión de España de los ejércitos franceses y de la dinastía intrusa personificada en José I Bonaparte? La respuesta se me antoja sencilla: los españoles nunca se rindieron a pesar de sus continuos descalabros en el campo de batalla; asunto al que no estaban acostumbrados los disciplinados mandos galos. Si, por un lado, en España combatió un ejército aliado compuesto por tropas inglesas, portuguesas y españolas regulares, no podemos olvidar que, por otro, surgió un movimiento de resistencia irregular integrado por guerrilleros. Sin la participación del ejército expedicionario inglés, mandado por Wellington, no se hubiese producido la victoria; pero sin la aportación del pueblo español encuadrado en partidas y guerrillas, difícilmente ese contingente aliado hubiese logrado actuar como lo hizo. Los cuarenta mil españoles que se «echaron al monte» contra el francés, además de los que los apoyaban con dinero, comida, refugio o información, fueron una constante molestia para los generales franceses, que debían dedicar muchos hombres para proteger vías de comunicación y acosar a un enemigo que se movía en la sombra y que dominaba el paisaje sin darles cuartel y sin actuar más que cuando tenía segura la victoria.

En definitiva, una tremenda guerra de desgaste, sucia y feroz que acabó por desmoralizar a unos soldados acostumbrados a que una victoria campal les abriese las puertas de un país como había sucedido en todos los campos de Europa desde hacía quince años. Un inglés definió la situación en estos términos: “si Wellington fue el torero, los guerrilleros picaron al toro francés y le pusieron banderillas”.

En las páginas de este libro, el lector se va a topa con una guerra despiadada que sembró nuestro país de auténtica desolación y mortandad. Canales se muestra riguroso a la hora de actualizar datos fidedignos sobre el conflicto, ameno en la exposición de situaciones y certero en sus apreciaciones sobre la interpretación de los principales acontecimientos. Esta *Breve Historia sobre la Guerra de Independencia Española* será, sin duda, obra de referencia para los que quieran saber la verdad de este capítulo fundamental en la historia de España.



*Mapa general de las operaciones en la Península Ibérica
(1807-1814)*

Amanecer

Líneas de sitio de Stralsund. Pomerania. 16 de agosto de 1807.

Era aún plena noche cuando se dio la orden a las tropas del general Kindelán de aprestarse para el combate. Con poca luz y bajo una suave brisa que procedía del mar, los hombres del regimiento de Infantería de Línea de Zamora tomaron con cuidado sus armas. Llaves, baquetas y cartuchos fueron cuidadosamente revisados. A luz tenue de las antorchas y de la luna, las bayonetas, hermosas y largas herramientas de acero de más de dos palmos de longitud, desprendían extraños reflejos al ser extraídas de sus fundas. Los granaderos, impresionantes con sus gorros de piel de oso y, los fusileros, con sus sombreros de “medio queso”, fueron formando para ser revistados antes del combate. No muy lejos de allí, sus compañeros del batallón Ligero de Cataluña realizaban una ceremonia similar. Sus capotes marrones, necesarios en las frías noche bálticas, fueron guardados con meticulosa profesionalidad y, los largos fusiles, sacados de sus fundas. Los soldados catalanes dejaron libres los plumeros de los cascos para que en la distancia les hicieran parecer más altos y esbeltos, y distorsionaran su imagen ante los tiradores enemigos. Entre tanto, quienes estaban situados en las posiciones de vanguardia, escucharon el sonar de los cascos y los relinchos de los caballos de unos jinetes a los que reconocieron en seguida por sus dolmanes verdes y sus chacos negros. La mayoría llevaban sus carabinas dispuestas y sus sables colgaban a su costado izquierdo. De entre ellos destacaban los trompetas con sus llamativos uniformes escarlata y los espectaculares *colbacs* de piel de algunos oficiales. Todos parecían firmes y resueltos. Eran dragones del regimiento Villaviciosa, aún con su antigua indumentaria del Instituto de Cazadores al que hasta hace poco habían pertenecido, e iban a

desplegarse para participar en el ataque, en apoyo de sus camaradas de infantería. Su objetivo eran los parapetos y trincheras del ejército sueco en torno a la antigua ciudad hanseática de Stralsund, en las costas alemanas de Pomerania. Al iniciar su avance comenzaron a escuchar los primeros disparos de armas ligeras y el rasgar el aire de los proyectiles de la artillería enemiga, y sabían, perfectamente, que muchos de ellos no verían amanecer el siguiente día; pero era su deber y, aunque estaban a miles de kilómetros de su casa, querían demostrar de lo que eran capaces. Eran las dos de la madrugada del 16 de agosto de 1807...

Apenas unas horas después, a eso de las nueve, el combate cesó y las tropas españolas *“despreciando el fuego de fusil y cañón enemigo, y arrojando con denuedo los riesgos, ocupando los puntos señalados y quedando situados en ellos...”*. Según comunicó a Madrid en su informe el propio general Kindelán, habían cumplido su misión. Poco a poco los supervivientes de los tres regimientos que habían participado en la lucha se recuperaban de las heridas, del cansancio y de la tensión del combate. Días después el coronel barón de Armendáriz fue propuesto para la Legión de Honor, la máxima condecoración francesa, junto a los capitanes Del Río, Rute, Aranda, Coma y el alférez Contreras, por su sereno valor y su conducta ante el enemigo, y el general Monitor mencionó en su carta al mariscal Brunne que no tenía adjetivos *“para subrayar el espíritu de honor, entusiasmo y valor de las tropas españolas”*.

Un año más tarde, los camaradas de Stralsund, hombres que habían desafiado juntos el fuego sueco se encontrarían enfrentados en la más atroz de las guerras imaginables. Los españoles intentarían desde Dinamarca huir hasta su patria, para, desde ella, combatir a sus antiguos aliados. Muchos no lo lograron y acabaron sus días en la horrible campaña de Rusia sirviendo bajo las banderas de un rey de España, José I, que casi ninguno consideraba el suyo. Otros, como el propio Kindelán, se unirían con entusiasmo al rey intruso y jamás volverían a ver la nación que les vio nacer. Los más, caerían a lo largo y ancho de toda España combatiendo, muchas veces a la desesperada, contra los poderosos ejércitos franceses que intentaban ocuparla.

¿Qué fue lo que ocurrió? ¿Cómo se llegó a tan terrible drama? ¿Por qué Francia invadió España? ¿Por qué se produjo una reacción popular tan intensa?

INTRODUCCIÓN

Situada al extremo de la Europa Occidental, la Península Ibérica se ofrece como una presa tanto más codiciada cuanto que su dominación permitiría a los franceses combatir allí a los ingleses, aliados de los portugueses.

Jean-René Aymes

Los seis años que transcurren entre 1808 y 1814 se encuentran entre los más importantes de nuestra historia, ya que de ellos, para lo bueno y para lo malo, nació la España contemporánea. Para España, que tras el alzamiento de 1808 jugó un honroso papel en el conflicto europeo, en el que dio alas y alentó la resistencia en Europa entera, que vio cómo un solo país podía con esfuerzo y valor oponerse al poderoso imperio francés, la guerra fue un terrible desastre. Probablemente, si las cosas hubiesen sido de otra manera, las reformas que debían conducir a España a la modernidad se habrían ido imponiendo de una forma u otra, pues aunque es seguro que habría habido una enorme resistencia de los sectores más inmovilistas, también es verdad que poco a poco las ideas ilustradas iban calando en una burguesía, todavía débil, pero cada vez más pujante.

La guerra aceleró el proceso, por lo que es importante destacar la revolución interior sufrida por España durante estos años que vieron nacer nuestra primera Constitución y el comienzo, al fin, del Antiguo Régimen, y condicionó las décadas siguientes, al no lograrse un acuerdo efectivo que satisficiera a todos los poderes enfrentados, y que impulsó un conflicto entre los legitimistas monárquicos y los liberales o

constitucionalistas que duraría con diversas formas la mayor parte del siglo XIX. Por otra parte, no debemos olvidar la difícil situación en la que nuestro país se encontraba al producirse el levantamiento popular en 1808, enfrentado en guerra abierta con el Reino Unido, que tras barrer la oposición de nuestra flota y la de nuestros incómodos aliados hacía ya tres años, estaba dispuesto a terminar con nuestro imperio ultramarino, al que podía atacar sin apenas oposición, a su gusto, sin que los fracasos ante Buenos Aires y Montevideo les hubiesen desalentado lo más mínimo, y al comienzo de una revolución interior, de corte palaciego, pero con cierta intervención de importantes sectores de la sociedad, que pretendían alejar al primer ministro Godoy del poder y sustituir al decrépito monarca, Carlos IV, por su hijo, el taimado Fernando, príncipe de Asturias.

Para Francia, causante de la guerra, la misma fue fruto de la ambición desmedida de Napoleón, hombre genial en todos los aspectos, no sólo como militar. Organizador de primera, hábil ejecutor de las decisiones de gobierno e impulsor de la codificación normativa en la más hermosa tradición de la Ilustración, dejó fijadas las líneas maestras de la política francesa de la Revolución y estableció las bases de una educación pública, laica y moderna, que decenios después se convertiría en uno de los signos de identidad de Francia. Sin embargo, tampoco conviene olvidar otros aspectos importantes no tan brillantes. Fue también un gobernante tiránico, convencido de la necesidad de exportar los ideales de la Revolución a todo el continente, única y exclusivamente, para afianzar su poder, sin importarle que en su camino tuviese que aplastar naciones enteras, y actuó en ocasiones, como en Holanda o en España, con una total falta de escrúpulos. Su nacimiento en la baja nobleza corsa le dio una concepción patrimonial del Estado al estilo del ejercido por las familias que dirigían la política en su isla natal, lo que le llevó a rellenar los tronos de Europa con sus hermanos y familiares políticos, según él, los únicos en los que podía confiar. Su poder casi absoluto le inclinó en ocasiones hacia el despotismo que tanto despreciaba, pues, en realidad, lo que de verdad odiaba el genio corso era el *Antiguo Régimen*, para él caduco, que identificaba en las viejas monarquías a las siempre quiso destruir. Fue el culpable de la Guerra de España que, a la postre, fue una de las causas de su ruina. Jamás, en tanto tuvo las riendas de Francia, reconoció que se

había equivocado en España, para desgracia de los miles de soldados de su nación enfrentados a una guerra feroz en la que muchos de ellos encontrarían la muerte.

El Reino Unido, por su parte, llevó una guerra contra Napoleón totalmente solitaria, aunque en cada coalición contase con aliados poderosos. Fue una lucha aislada, porque sus objetivos eran diferentes a



La sumisión española a la política francesa produjo situaciones extrañas que obligaron a nuestro ejército a intervenir en teatros de operaciones muy lejos de nuestro país y de nuestros intereses. En la ilustración dos oficiales españoles de la División del Marqués de la Romana pasean por Hamburgo en 1807.

Colección Imperial. Hermanos Suhr.

los de los demás. Para austriacos, prusianos, o rusos, la lucha era meramente por evitar la destrucción de su monarquía y sistema de gobierno tradicional por el ímpetu de las ideas y las armas francesas. Para los españoles y portugueses era una guerra para mantener su independencia y soberanía nacional, pero para Gran Bretaña, profundamente implicada en la primera revolución industrial del mundo que cambiaría Occidente y la Tierra entera para siempre, era una cuestión de supervivencia mantener los mares y el comercio libres e impedir un poder total de un monarca en la Europa continental. Les consideremos egoístas o no, los británicos llevaron hasta el final su estrategia y vencieron, pues tras Trafalgar y Waterloo se convirtieron en los amos de los

mares y señores del mundo durante más de un siglo, ganando además para siempre y pese a todos los problemas un fiel aliado, pues Francia siempre combatiría en las guerras decisivas del futuro en el bando inglés. Por el contrario, para las grandes potencias continentales, representadas por sus monarquías ancestrales, fue el principio del fin. Europa tuvo que esperar hasta 1918 para ver su ocaso definitivo, pero a

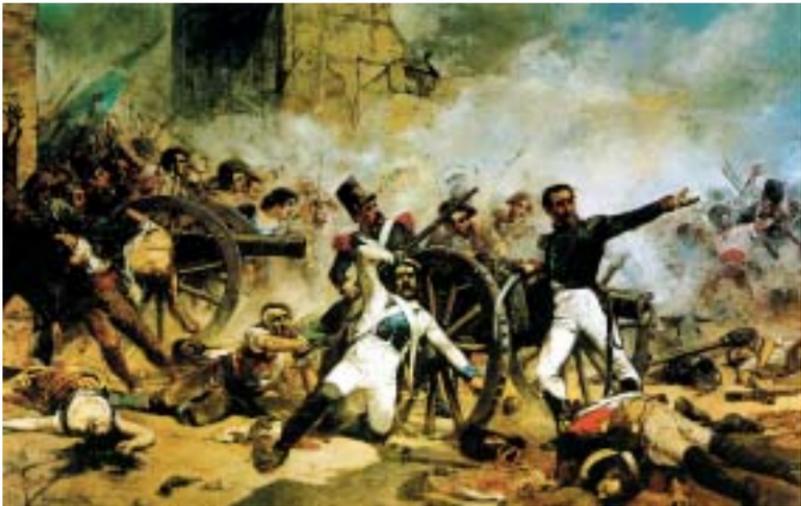
la larga las fuerza de las ideas, que fue la gran herencia de la Revolución, de la que Napoleón era evidentemente hijo, fue finalmente más poderosa que las armas.

Por último, para Portugal, la guerra resultó un desastre total. La marcha de la familia real a Brasil y la destrucción y devastación causada por el conflicto, acabaron con la obra del marqués de Pombal y los gobiernos ilustrados que le siguieron. Arruinó su comercio y su escasa e incipiente industria, destruyó vías de comunicación y causó una pérdida irreparable en la agricultura y la ganadería. Además, convirtió a la nación en un auténtico protectorado británico, situación que se mantendría hasta bien entrada la década de los años veinte del siglo XIX y condicionaría poderosamente el futuro de la nación que, por lo demás, reproduciría en las décadas siguientes un conflicto entre los liberales más avanzados y los grupos refractarios a la modernización y al progreso similar al de España, y que colocaría a ambas naciones en el furgón de cola de la Europa Occidental, situación que sólo en las últimas décadas se ha ido corrigiendo con un enorme esfuerzo.

En cuanto a las fuentes, obviamente este libro es fruto de una investigación bibliográfica y no documental, dado que su objetivo es sólo dar a conocer de forma sencilla que fue y que supuso para España la Guerra de Independencia. Sin embargo, sí he querido reflejar, aunque sin profundidad, las más modernas investigaciones que se están llevando a cabo en los aspectos puramente militares de la guerra y sus implicaciones políticas, ya que creo que la historiografía tradicional, tanto española como francesa o británica, está cargada de errores y juicios de valor gratuitos que, al menos en España, están siendo puestos en cuestión mediante la única forma posible, con documentos, datos y hechos, labor en la que están implicados decenas de historiadores profesionales y grandes amantes de la historia militar napoleónica entre quienes quiero destacar a José Sañudo, Leopoldo Stampa, Julio Albi, Luis Sorando y otros muchos más, cuya impagable labor nos está dando constantemente agradables sorpresas.

CAPÍTULO III

ESPAÑA SIN REY



La defensa del Parque de Artillería de Monteleón
(2 de mayo de 1808), uno de los más conocidos hechos de armas del alzamiento de Madrid, por Joaquín Sorolla. Museo Víctor Balaguer. Villanueva y la Geltrú (Barcelona).

Orden del día:

Soldados: Mal aconsejado, el populacho de Madrid se ha levantado y ha cometido asesinatos. Bien sé que los españoles que merecen el nombre de tales han lamentado tamaños desórdenes, y estoy muy distante de confundir con ellos a unos miserables que sólo respiran robos y delitos. Pero la sangre francesa vertida clama venganza. Por lo tanto mando lo siguiente:

Art. I: Esta noche, convocaré el general Grouchy la comisión militar.

Art. II: Serán arcabuceados todos cuantos durante la rebelión han sido presos con armas.

Art. III: La Junta de Gobierno va a mandar desarmar a los vecinos de Madrid. Todos los moradores de la Corte, que pasado el tiempo prescrito para la ejecución de esta resolución, anden con armas, o las conserven en su casa sin licencia especial serán arcabuceados.

Art. IV: Todo corrillo, que pase de ocho personas, se reputará reunión de sediciosos y se disparará a fusilazos.

Art. V: Toda villa o aldea donde sea asesinado un francés será incendiada.

Art. VI: Los amos responderán de sus criados, los empresarios de fábricas de sus oficiales, los padres de sus hijos, y los prelados de los conventos de sus religiosos.

Art. VII: Los autores de libelos impresos o manuscritos que provoquen la sedición, los que los distribuyeren o vendieren, se reputarán agentes de Inglaterra y como tales pasados por las armas.

Dado en nuestro cuartel general de Madrid, a 2 de mayo de 1808.

Firmado: Joaquín.

Por mandato de S.A.I., el jefe de estado mayor general: Belliard.

Gaceta de Madrid, viernes 6 de mayo de 1808.

EL MOTÍN DE ARANJUEZ

La constante presencia de las tropas extranjeras que tanta admiración y curiosidad había despertado en el pueblo español, cuando a tambor batiente atravesaban pueblos, villas y ciudades, se fue trocando en inquietud y alarma según aumentaban los incidentes a lo largo de todo el país. En el entorno del monarca español algunos nobles influyentes comenzaron a disponer medidas de urgencia si las cosas se complicaban, por lo que a primeros de marzo la familia real en pleno se trasladó a Real Sitio de Aranjuez. La razón era evidente, desde esta localidad del sur de Madrid, era fácil en caso de peligro tomar la carretera de Andalucía y alcanzar Sevilla, desde donde podían embarcar con rumbo a las Américas, como había hecho el rey de Portugal.

La noche del 17 al 18 de marzo, unos criados del príncipe de Asturias se enfrentaron con algunos húsares de la guardia de Godoy⁸. El resultado fue que, alarmado el pueblo e instigado por el conde de Montijo, enemigo del príncipe de la Paz, el altercado se transformó en un grave motín contra la persona del primer ministro, que tuvo que esconderse de las iras de la multitud. Conocidas las noticias en Madrid, el pueblo asaltó el palacio del odiado Godoy. Entre tanto, el rey cesó de su cargo al valido, lo que no fue suficiente para los amotinados, que al descubrir a Godoy intentando a escapar, tras veinticuatro horas de encierro, estuvieron a punto de lincharle, salvándose sólo por la

⁸ Los denominados Húsares de la Guardia del Almirante eran parte de los escuadrones ligeros de la Brigada de Carabineros Reales. En realidad en 1808 pertenecían al Instituto de Cazadores, pero la prensa de la época los denominaba aún húsares.



Un cazador de los escuadrones ligeros de la Brigada de Carabineros Reales.

El enfrentamiento de varios de ellos, al servicio de Godoy, con la multitud en Aranjuez, fue la chispa que hizo estallar el motín.

providencial ayuda de los guardias de corps. El príncipe de Asturias, Fernando, aseguró a los amotinados que el antiguo primer ministro sería en breve procesado y ordenó el 19 su traslado a Granada.

Conocida la disposición real, y viéndose engañados, los amotinados exigieron que de inmediato se revocase la orden. Asustado ante lo que parecía el comienzo de una revolución, Carlos IV abdicó en su hijo, proclamado en Aranjuez rey de España y la Indias con el nombre de Fernando VII en medio de masivas manifestaciones de alegría y júbilo del pueblo. Por primera vez en España, un monarca era forzado a abdicar por la presión del pueblo llano. El día 24 de marzo, el nuevo rey hizo su entrada triunfal en la capital en medio de grandes manifestaciones de felicidad. Igual ocurrió en toda España al saberse la noticia de la caída de Godoy y el ascenso al trono del príncipe de Asturias, pero había un problema ¿qué iban a hacer las decenas de miles de soldados franceses que ya estaban en

nuestro país, entre ellos los de Murat, que había llegado a Madrid el día anterior entre la sorpresa y la admiración de los vecinos?⁹

⁹ Muchos historiadores, principalmente militares, dudan que Napoleón pretendiese ocupar toda España en los primeros meses de 1808, pues el despliegue de sus tropas parece indicar un interés claro sólo por el norte del país.

El ambicioso duque de Berg, como más adelante veremos, empezó a darse cuenta que la compleja situación del país le podía beneficiar y fue él quien en primer lugar mostró a su cuñado las ventajas de jugar con las dos partes enfrentadas por el trono de España, padre e hijo, y aprovechando las súplicas de la reina a favor de sí misma y de su amante Godoy, le ofreció la protección de sus tropas, convirtiendo a la familia real de hecho, en sus rehenes. Astutamente le propuso a Carlos IV que redactase y firmase su renuncia al trono, lo que hizo el asustado y patético monarca, poniendo fecha de 21 de marzo. Se había dado el primer paso para dejar España sin rey. Pronto se dio cuenta el duque de Berg de que si jugaba bien sus cartas el trono vacante le podría caer



El motín de Aranjuez. La familia real había sido trasladada desde Madrid hacia el sur en previsión de que los franceses intentasen una acción similar a la de Portugal. Allí se produjo la revuelta que acabó con el gobierno de Manuel Godoy.

a él. Alguien podría decir que aún quedaba Fernando, oficialmente ya Fernando VII, pero para Murat, y no digamos para Napoleón, ese era un problema menor. En cuanto al pueblo español y la legalidad, al gran corso le importaban un pimiento.

La trampa de Bayona

Las primeras medidas del nuevo rey de España fueron encaminadas, como era de esperar, a rodearse de sus partidarios y reforzar su poder, por lo que procedió a anular las consecuencias del proceso de El Escorial y amnistió a sus principales apoyos: el duque del Infantado, nombrado presidente del Consejo de Castilla y coronel de las Reales Guardias Españolas; al duque de San Carlos, convertido en mayordomo mayor de Palacio y, sobre todo al canónigo Escoïquiz, su principal confidente, al que designó miembro del Consejo de Estado y otorgó la gran cruz de la Orden de Carlos III. Curiosamente la amnistía benefició también a conocidos pensadores de la Ilustración, como Jovellanos, que se encontraba encarcelado en el castillo de Bellver, en Palma de Mallorca. La política inicial de Fernando VII fue, por lo tanto, inicialmente moderada. Mantuvo a destacados partidarios de Godoy en sus cargos, como Cevallos, ministro del Estado, y situó a notables liberales en algunas carteras, como Azanza, ministro de Hacienda y, O’Farrill, ministro de la Guerra; pero las decisiones importantes quedaron en manos de la “camarilla” formada por los duques de San Carlos y el Infantado y Escoïquiz.

Respecto a la actitud mostrada ante Murat fue claramente sumisa, esperando con ansias que Napoleón refrendase su acceso al trono. Murat comprobó hasta qué punto el rey estaba a los pies de Francia cuando exigió la entrega de la espada tomada a Francisco I en Pavía y que fácilmente obtuvo en un solemne acto el 5 de abril. Poco a poco en Madrid la gente se iba dando cuenta de que el embajador Beauharnais y el duque de Berg eran los que mandaban, siguiendo las precisas instrucciones de Napoleón al pié de la letra. Un ejemplo fue la orden de aplazamiento del juicio contra Godoy, dada el mismo día 5, o la sugerencia —en realidad una orden— transmitida por Savary, duque de Rovigo, a Escoïquiz, solicitando que el rey visitase a Napoleón en Francia. El deseo de ser reconocido por el emperador era tan grande que Fernando VII y sus más allegados colaboradores partieron hacia Francia el 10 de abril, dejando a la Junta Suprema de Gobierno el control de la nación, algo que se presentaba cada día más dudoso.

El rey y su séquito hicieron todo el camino por una ruta controlada por las tropas imperiales. Por supuesto se debían dar cuenta del peligro que corrían e intentaron no salir de España. En Burgos, Savary, conven-

ció al monarca para que siguiera ruta hasta Vitoria, donde llegó el 14 y luego continuase hasta Bayona. Algunos de sus acompañantes, como Urquijo, aconsejaron al rey que escapase y se pusiera a salvo, pero una nota de la Junta Suprema, en la que se le comentaba que Murat consideraba la posibilidad de volver a sentar en el trono a su padre —lo que no era cierto—, le convencieron de que debía continuar la marcha. Partió el 19, en medio de un conato de algarada del pueblo que le vitoreaba y que pudo ser contenida por la intervención del duque del Infantado que tranquilizó a los congregados, pues sospechaban que el rey iba camino de Francia. Así era en realidad y el día 20 pasaba la frontera del Bidasoa.

Napoleón, cómodamente instalado en el Palacio de Marsac, no muy lejos de Bayona, recibió a Fernando como príncipe de Asturias, no como rey y, tras una simple cena, convencido de que Fernando era un lelo, decidió tratar los asuntos directamente con Escoïquiz. La propuesta era dura, ningún Borbón debía de reinar en España y se le daría a Fernando como compensación el reino de Etruria¹⁰. En realidad el rey de España no tenía nada que hacer. Napoleón le obligó a ceder antes de que terminase el 21 de abril, de lo contrario negociaría con su padre, que estaba al llegar.

Nada más salir Fernando en dirección a Francia, Murat ordenó que se le entregara a Godoy, petición totalmente fuera de lugar a la que se opuso la Junta Suprema de Gobierno, pero fue suficiente una carta del general Belliard en la que afirmaba que tenía autorización del rey Fernando para que la oposición cediera. Tras salir de prisión, Godoy fue enviado a Bayona, ciudad a la que llegó el 26. La presencia del valido en Francia y una carta de Napoleón a Carlos IV en la que afirmaba que jamás reconocería al príncipe de Asturias como rey de España, fue suficiente para vencer cualquier resistencia de vieja pareja real. Tras suplicar a Murat que les permitiese ir a Bayona escoltados por tropas francesas, así lo hicieron y en medio de la indiferencia del pueblo partieron para Francia el 23 de abril. Una vez en Bayona, a la que llegaron el 30, fueron recibidos como soberanos, no sólo por los franceses, sino también por los españoles, que tenían órdenes al respecto. Los sobera-

¹⁰ Napoleón, que había creado el reino de Etruria como entidad artificial, primero se lo había entregado al duque de Parma, luego lo había incorporado a Francia y ahora pensaba dárselo al rey Fernando de España.

nos se reunieron allí con Godoy y con su hijo al que la reina reprochó su conducta. La lamentable familia que regía los destinos de España tenía aún tiempo para someterse a la mayor de las indignidades.

Carlos IV, instigado por Godoy, con quien Napoleón ya se había entrevistado, pidió que le restituyeran sus derechos, pero viendo la firme actitud del emperador cedió a todo a cambio de una rentas vitalicias. El miserable rey de España había vendido, literalmente, su nación. Respecto a su no menos infame hijo, se daba cuenta ahora perfectamente que había caído en una trampa. Viendo que no había solución, informó a la Junta Suprema de Gobierno en Madrid de lo que estaba sucediendo. España estaba sin rey.

Ahora Napoleón tenía en sus manos el destino de su nación vecina y hasta podía aprovechar cualquier altercado o algarada callejera en nombre de los desposeídos reyes para imponer su voluntad por la fuerza. Lo que no sabía, ni esperaba, es que el movimiento que iba a iniciarse sería una de las causas principales de su ruina.

Una fecha para la Historia: el 2 de mayo de 1808

En torno a las ocho de la mañana del 2 de mayo dos coches se encontraban detenidos a las puertas del palacio Real de Madrid. En el primero de ellos, los escasos paseantes vieron subir a la reina de Etruria y observaron que junto a los vehículos había un pelotón de jinetes franceses. Algunos curiosos se iban acercando, pues desde hacía días permanecían atentos a los movimientos que se producían en las inmediaciones de palacio. Tal vez algunos ciudadanos dedujeron, con acierto, que el segundo coche era para el infante don Francisco. En ese momento, al parecer fue un maestro llamado José Blas Molina y Soriano, quien adelantándose gritó: *¡Traición!* y casi de inmediato el centenar de vecinos congregados se lanzaron hacia las puertas del palacio sin que los guardias reales les impidieran entrar. Al grito de *¡Quieren llevarse al infante!* y *¡mueran los franceses!* se cortan los tiros de los coches y se desenganchan los caballos. Desde un balcón un caballero repitió a viva voz varias veces: *¡A las armas!* *¡A las armas!* El infante salió a un balcón acompañado de los amotinados y saludó a la multitud congregada ante las puertas. A lo largo de las calles que rodeaban el palacio la insurrección



El 2 de mayo en Madrid en un grabado de la época, que muestra el combate en la Puerta del Sol entre los experimentados soldados franceses y los vecinos que les atacaron con todo lo que tenían a mano.

se extendió como una mecha de pólvora y pronto la ciudad estalló en una revuelta general y lo que en principio parecía ser un motín como el de Aranjuez se transformó en una auténtica Revolución. Un edecán de Mural se trasladó al palacio y tras él llegó un soldado aislado, salvando ambos su vida por la intervención de un oficial de la guardia valona. Poco después un correo francés fue abatido ante la iglesia de San Juan, y Murat decidió imponerse por la fuerza bruta a los sublevados. Varias compañías de granaderos de la Guardia Imperial —lo mejor del ejército francés— fueron enviadas al centro de la ciudad acompañadas por dos piezas de artillería. Al llegar, acribillaron a balazos a la multitud congregada y sembraron el suelo de cadáveres. El pánico y la furia fueron ya incontrolables. Las tropas de Moncey que acampaban en los alrededores de Madrid fueron alertadas y se les ordenó marchar hacia la capital. La situación era ya muy complicada, el propio capitán Marbot —en aquel entonces ayudante de campo de Murat— tuvo que abrirse paso con su escolta de dragones a sablazos y disparos y aun así recibió una cuchillada que le atravesó el dolmán.



Don Luis Daoiz era un experimentado artillero que había combatido en varias acciones en tierra y en el mar. Murió a los 41 años de edad a resultas de las heridas sufridas en los combates del Parque de Monteleón el 2 de mayo de 1808. Cuadro de A. M. Quesada. Museo del Ejército. Madrid.

Por todo Madrid los franceses aislados fueron asesinados sin contemplaciones y, en la Puerta del Sol, centenares de madrileños se concentraron cargados de furia. Los jinetes franceses que subían por la Carrera de San Jerónimo fueron tiroteados desde las ventanas; al avanzar por las calles estrechas les tiraron tiestos, ladrillos, tejas. Varios cayeron muertos y heridos y, al llegar a la Puerta del Sol, cargaron contra la multitud. Los mamelucos de la Guardia, coraceros y dragones acuchillaron a hombres, mujeres y niños encendiendo la furia y el odio de los madrileños. Pronto la plaza quedó sembrada de muertos y heridos. Algunos trataron de huir desesperadamente sólo para caer delante de un grupo de cazadores de la Guardia que llegaban por la calle Mayor y que hicieron una verdadera carnicería. Poco a poco los oficiales franceses impusieron algo de orden y detuvieron la matanza, pero desde el

palacio del duque de Híjar, algunos sublevados se negaron a rendirse y siguieron disparando, hasta que los enfurecidos soldados franceses, tras romper las ventanas y puertas de la planta baja penetraron en el edificio, en el que mataron a todos, culpables o inocentes, destrozando el mobiliario y arrojando los cadáveres por las ventanas.

No muy lejos de allí, los insurrectos se dirigieron al parque de Artillería de Monteleón, donde algunos artilleros y dos capitanes, Daoiz y Velarde, haciendo caso omiso de las órdenes de su superior, el capitán general Francisco Javier Negrete, que había impartido instrucciones a las tropas españolas de permanecer acuarteladas y observar una absoluta neutralidad, se unieron a los sublevados. Los franceses tuvieron, finalmente, que tomar al asalto el parque, defendido heroicamente

hasta el final por un pequeño grupo de patriotas. Al llegar la noche Madrid parecía un cementerio y la gente aterrorizada no salía de sus casas. Aquí y allá sonaban aún disparos aislados. Los franceses habían tenido entre 160 y 170 muertos y muchos más heridos. Los madrileños perdieron a 406 de sus ciudadanos y 172 estaban heridos, según datos, bastante fiables, de Pérez de Gúzman —si bien estas cifras no cuentan a los muertos que no eran madrileños de vecindad y han sido ligeramente corregidas en los últimos años—. Estudios más modernos han destacado también el hecho de que entre los muertos había, además de españoles, gentes de los que hoy serían Perú, Venezuela, Cuba y de otros países como Suiza, Bélgica e incluso Polonia. Murat tenía ahora un buen pretexto para ocupar militarmente la capital sin contemplaciones. La Junta de Gobierno se puso de inmediato a sus órdenes y el Consejo de Castilla, que había publicado durante el alzamiento una proclama en la que prohibía maltratar a los franceses, hizo otra en la decretaba ilegales las reuniones en sitios públicos y ordenaba la entrega de las armas blancas y de fuego a las autoridades.

A partir de ese momento Murat decidió actuar de forma implacable. Lo primero era controlar al ejército español, por lo que tras confirmar la orden de acuartelamiento de Negrete, creó comisiones mixtas con oficiales franceses y miembros del Consejo que, con ayuda de tropas de ambos países, vigilasen y cuidasen del mantenimiento del orden en las calles. La segunda medida era aplicar un castigo ejemplar a los rebeldes, para lo cual creo una comisión militar presidida por el general Grouchy, en la que había también representantes del ejército español y que sentenció a muerte a todos a aquellos que habían sido cogidos prisioneros con las armas en la mano —es decir, a todos— e incluso a los que no entregasen sus armas en el plazo dado por el Consejo de Castilla. Además, dio instrucciones para que estas proclamas se aplicasen en toda España. El gran duque de Berg pensaba, casi con seguridad, que se había ganado a pulso la corona de España¹¹.

¹¹ La proclama de Murat se conserva, pues fue publicada en la *Gaceta de Madrid* —el antecesor del *Boletín Oficial del Estado*— y en ella el duque de Berg firma sencillamente con su nombre, Joaquín, como si fuese el rey de España. En la carta que escribió a su cuñado esa misma noche, le decía que había aniquilado las esperanzas de los partidarios de Fernando VII, como dándole a entender que podría nombrar ya un nuevo soberano. Por supuesto pensaba que la elección de Napoleón sería designarle a él.

Sin embargo el alzamiento del 2 de mayo había mostrado dos cosas importantes. La primera que la revuelta había sido encabezada, liderada y llevada a cabo por el pueblo llano, pues las clases altas y la burguesía se abstuvieron de intervenir y, al igual que el ejército, guardaron un bochornoso silencio mientras *la chusma* era masacrada por los franceses. En la madrugada, mientras el silencio de la noche era atrozmente roto por las descargas de los fusiles en la Moncloa, donde se pasó por las armas a los insurrectos, casi nadie era consciente todavía de lo que acababa de ocurrir. El pueblo era por primera vez dueño de su destino. Abandonado por los altos dignatarios de la Iglesia, por la nobleza y por el ejército, acababa de dar una señal que pronto sería escuchada en toda España. La misma tarde del 2 de mayo, fugitivos de Madrid, que huían hacia el sur, habían llevado las noticias de lo que ocurría en la capital, de los muertos, de la represión, de la violencia y Andrés Torrejón, alcalde la pequeña villa de Móstoles, dictaba una proclama a sus vecinos instándoles a tomar las armas, *“pues no hay fuerzas que prevalecen contra quien es leal y valiente, como los españoles lo son”*. Era la primera declaración de guerra contra el invasor de la patria. No la había hecho un ministro, ni un alto dignatario del Estado, del Consejo o de la Junta de Gobierno, tampoco un general. Sólo un sencillo alcalde, pero es que no había nadie más.